



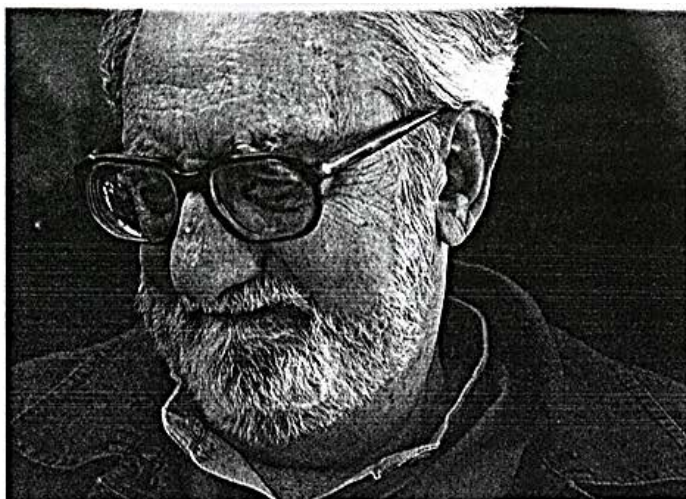
Texto: Antonio Martínez Llamas
Fotos: Jesús García Valbuena

León. Una tarde de junio de 1998 con el tiempo equivocado. Hay aroma de fiesta y churros en la lejanía. Demasiado calor en uno de esos días confundidos que anuncian fríos también equivocados. Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923) lleva en sus gafas de no sé cuántos aumentos los títulos de algunos de sus libros: *Relatos sin fronteras*, *Las ciudades de Poniente* (Premio "Torrente Ballester") y *El Síndrome de Estocolmo* (Premio "Fastenrath"). Es un hombre pausado en la palabra, de modo que si no fuera berciano lo confundiríamos con un argentino.

Le pediría un esfuerzo en la memoria. Bien: regresemos a su niñez. ¿Qué recuerdos tiene de las enfermedades infantiles?

*El recuerdo que tengo es una rememoración mimosa de un niño seguramente feliz cuidado por su madre. También atendido por un médico de cabecera, que era esperado en la casa como un Dios. No me puedo olvidar de aquellas pequeñas enfermedades que entonces se trataban con mucha solemnidad. Me refiero a unas anginas, o simplemente a una indigestión o una gripe. Entonces sólo había un remedio supuestamente infalible: la cama. Estar allí quieto y al cabo de algunos días el momento mágico de levantarte. Pero todo esto arropado en unos cuidados mimadores, y que hoy me llenan de nostalgia. Aquello se trataba con remedios que hoy serían considerados como errores médicos. Por ejemplo: cuando mi madre me sorprendía con algún mal, rápidamente me purgaba con aceite de ricino, que era un tormento chino. Pero con unas cosas y otras salíamos adelante. Recuerdo también que se inauguró o se renovó, no lo sé a ciencia cierta, en Villafranca del Bierzo lo que se llamaba *El Dispensario*, y así se desarrolló sobremanera la culturización higiénica. Había aleluyas tan simples, pero tan evocadoras, que a un niño se le quedaban grabadas a conciencia. Veamos una: " Si se te cansa la*

...necesito
una habitación
con una puerta para
cerrarla y quedarme
yo dentro



D A G U E R R O T I P O E N 2 0

vista acude pronto al oculista". Y otra que aún hoy en día me sigue pareciendo muy sabia: "Si a la misma hora vas, como un reloj marcharás".

¿Las enfermedades graves, los defectos congénitos, son tropiezos imperdonables de Dios?

Para no meternos en teologías en esta tarde venturosa y alegre, nada menos que en la víspera de San Juan, con todo lo que tiene esta noche de milagrosa y mágica, pues yo diría, ateniéndome a la teología católica, que Dios tiene unos planes que nosotros somos incapaces de comprender. En fin: prefiero ser silencioso que imprudente.

¿En usted qué fue antes la adolescencia o la pluma?

Yo creo que fueron simultáneas. Bien es cierto que fui un escritor precoz y enamorado. Recuerdo que mis primeros versos los escribí a los 11 ó 12 años y estaban dedicados a una niña de Bilbao; en definitiva, a una "forastera", con lo cual y, como debía ser, cumplía yo así con el "mito de las forasteras". De manera que esta intención, digamos infantil, estaría muchos años después en mi obra. Hay que tener en cuenta que en aquellos tiempos no había esta fluidez de viajes, no había TV y no existían estas facilidades en las comunicaciones. Llegaba el vera-

no, de pronto, y así llegaban las forasteras a Villafranca. Aquello era una fiesta y yo acababa enamorándome de alguna de ellas. Luego, pasadas las fiestas de El Cristo, al día siguiente, inexorablemente llovía, y si no llovía atmosféricamente, lo hacía en mi corazón, parafraseando a Verlaine, y las forasteras se marchaban en el último tren del verano.

¿El éxito es la peor obsesión del escritor?

El éxito, evidentemente, puede ser una obsesión en un momento determinado de la vida. En mi caso no sé si ha tenido ese grado malsano de ocupación de la mente. Sí puedo decir, y así lo hago, que ahora mismo la única y pequeña obsesión que me ronda es la de dejar en orden y terminado todo lo que tengo proyectado en la cabeza.

¿Dios es imprescindible?

Yo me he acostumbrado desde niño a pensar que sí. De modo que prefiero no plantearme a estas alturas de la película un cambio en estos asuntos.

Le voy a pedir un... imposible ¿Cuál de los cinco sentidos es para usted el más importante?

Uno piensa, generalmente, lo que piensa la mayor parte de la gente: el principal sentido es la vista. Cuando yo tuve un percance precisamente en este sentido tan importante, exactamente un des-

prendimiento de retina, en aquellos tiempos heroicos en los que no había rayos láser ni estas modernidades, al salir de la operación me llevaron a una cama y me tuvieron tres semanas sin cambiar de postura, se dice bien, tres, pero es tal cual lo estoy contando. Entonces me di cuenta del enorme respeto que los ciegos producen en la gente. Normalmente al ciego se le guía y se le mima, mientras que del sordo, a veces, muchos se rien. Debo decir que hay un sentido muy olvidado, que es el del tacto y, sin embargo, recuerdo que Benjamin Palencia, el pintor, con el cual tuve alguna relación y bastantes conversaciones, me decía: "Mire usted, Pereira: yo necesito tocar la pintura". Es por lo que creo que todos pensamos que el sentido más importante es aquél que más tememos perder o aquél que ya se ha perdido.

¿Usted entiende ese terror del hombre de hoy al sentirse devorado en su protagonismo por la irrupción de la mujer?

No, a mí eso no me produce pánico, sino un poco de desorientación. Es decir: la irrupción de la mujer no me molesta en absoluto. Acepto muy bien que una abogada nos resuelva un pleito o que una doctora nos atienda en los desórdenes corporales. Y ahora me viene a la memoria algo que me aconteció hace muchos años. Una doctora me pidió por sorpresa

HORUS ♦ 49